

jueves 17 de noviembre de 1983

## Plaza pública

► **Echeverría, ¿democrático?**

► **Firma polémica en un mensaje**

Miguel Angel Granados Chapa

Por teléfono, le pidieron a doña Rosario Ibarra de Piedra que firmara un desplegado de solidaridad con Granada, invadida por tropas estadounidenses. Accedió, naturalmente. Pero, por azar, la persona que solicitaba el apoyo le enumeró algunos personajes que también signarían el mensaje. Cuando mencionó a Luis Echeverría, "el corazón me dio un vuelco y un recuerdo doloroso se clavó como saeta en mi memoria", cuenta doña Rosario. Y concluyó (contrariamente a otros que sí lo hicimos por ignorar que Echeverría se contaba en ese grupo): "¡No, no firmaré ese desplegado".

Doña Rosario recordó "el ademán enérgico y el ceñudo gesto del licenciado Echeverría que tantas veces vi y escuché allá por 1975 y 1976, en mi peregrinaje por justicia, cuando le seguía de acto en acto, de ceremonia en ceremonia, en aquel su estéril trajinar... Tráfigo infecundo, sí fatiga inútil de quienes lo seguían, pues los mismos campesinos que encontré en pos de su ayuda, se han tropezado conmigo ahora en las oficinas públicas o llegan enardecidos de distantes lugares a las puertas de Gobernación o de la Reforma Agraria con los mismos problemas que él prometió solucionar. ¿Cómo creerle que fueron provocadores los del 68?... ¿Y la rúbrica trágica del Jueves de Corpus? ¿Y la voluntad personal rayana en el despotismo y el ejercicio del poder lindante con la tiranía? ¿Y el fardo, inocultable ya, de más de 300 desaparecidos, y el tormento, la tortura que con sus más crueles aplicaciones llenó el aire de alardos?..."

Echeverría parece suponer que los mexicanos se han olvidado de quién fue. A partir de una política exterior con retórica tercermundista (no acompañada por hechos, pues no ingresamos al movimiento de No Alineados, o a la OPEP, por ejemplo), ha querido fabricarse una imagen de hombre progresista y partidario de las causas democráti-

cas. Pero tenemos memoria.

La historia política de Echeverría lo ubica con nitidez como un conservador, y a veces peor que eso. Nadie debe olvidar el papel que le correspondió en la magna represión de 1968. Era el secretario de Gobernación, es decir el segundo hombre del régimen, y fue tan eficaz su tarea que un año después era escogido por su jefe para que lo sustituyera en el primer cargo político de la nación. La cercanía, la identificación que eso supone no requiere ser explicada. Echeverría es, así, responsable de Tlatelolco en grado semejante a Díaz Ordaz.

Luego, durante su propio periodo, hizo lo suyo. Aunque la fuente no sea por entero digna de crédito, puesto que habla para su propio descargo, hay que recordar las especies difundidas por Alfonso Martínez Domínguez sobre la deliberación y cuidado con que el entonces presidente urdió el ataque de los halcones a los estudiantes en junio de 1971. Y así se podría continuar con las piedras que fueron construyendo su vera efigie, hasta terminar con su negro último semestre, en que devaluó la moneda, asestó su último golpe a la tendencia democrática de los electricistas y consiguió la usurpación del diario *Excélsior*, donde ahora aparecen (apenas la semana pasada) textos bajo su firma.

Puede argumentarse que este Echeverría es otro Echeverría. Puede alegarse que las responsabilidades de gobierno obligan a medidas que un ex jefe de Estado no tiene ya necesidad de practicar y que al contrario, quien ha desempeñado un cargo del rango del que ocupó Echeverría se construye con ese solo hecho una posición que le permite trabajar por causas de alta prioridad política en el mundo.

Todo eso es cierto. Pero no puede ser aplicado sin más a Echeverría. El sigue insistiendo en hablar de temas nacionales. En España primero, a donde fue después de que se le consideró casi como personanón grata durante mucho tiempo (por la demagógica exageración con que canceló los nexos económicos y comerciales que había entre México y la península en 1975) y más tarde aquí, habló de Tlatelolco. Su búsqueda de una imagen externa progresista (hasta es vicepresidente del Consejo Mundial de la Paz) parece buscar la reconstrucción de su imagen como secretario de Gobernación y como Presidente de la República, cuando que lo ciertos es que los hechos de entonces marcan sin remedio a los de ahora.